

## VIVIR Y CELEBRAR CON EQUILIBRIO EL MISTERIO DE NAVIDAD

Las fiestas de Navidad tienen una tal riqueza de matices que no siempre resulta fácil captar su significado más central, ni celebrar con la debida jerarquía de valores, las diversas facetas del gran misterio de la encarnación del Verbo.

Durante estos días, en efecto, van discurriendo ante nuestros ojos diversas imágenes del misterio y en este conjunto aparecen algunas presentaciones mavideñas que ciertamente no son aceptables cristianamente. Otras son en sí mismas correctas, pero tienen el riesgo de que, subrayadas desmesuradamente, pueden llegar a ofuscar el núcleo central del misterio cristiano.

Entre las imágenes inaceptables de Navidad hay que enumerar en primer lugar el *consumismo* que invade hoy día todos los ambientes de nuestra sociedad. Podríamos llamarlo la *Navidad de los regalos*. De la presentación consumística de Navidad se ha hablado mucho; por otra parte seguramente esta caricatura de Navidad no constituye un gran peligro para quienes, como esperamos sean los lectores de *Liturgia y Espiritualidad* desean estar habitualmente *velando en oración y cantando la alabanza* del que se ha desposado con nuestra humanidad.

Pero quizá el riesgo consumístico pueda ser indirectamente un tropiezo para no pocos cristianos con referencia a las catequesis y apostolados. Está bien que los cristianos -las religiosas y religiosos, por ejemplo, que cuidan de la educación de niños y jóvenes o que consagran su vida a los pobres- usen de los regalos y dones

para dar ambiente festivo a estos días y para aludir e imitar incluso la generosidad de aquel que *siendo rico se hizo pobre para que, con su pobreza, nosotros nos hagamos ricos* (2 Co 8,9). Pero, con todo, aquí se corre un riesgo: estos dones no pueden constituir el centro de la Navidad. A los niños catequizandos, por ejemplo, se les debe anunciar con un lenguaje y unas imágenes adaptadas a su capacidad pero que contengan el mensaje central de la Navidad. Es necesario velar aquí para nunca este mensaje -ni cuando se trata de niños pobres- quede como desdibujado con aspectos más secundarios como sería el de cuidar única o preferentemente de sus necesidades materiales. Porque con este proceder, si se prescinde de subrayar por encima de todo el mensaje central de Navidad, «los pobres dejarían de ser evangelizados». Ante los pobres de este mundo no nos podemos limitar a darles unos simples dones -de los que ellos están ciertamente privados-. Ni para ellos ni para nadie estos dones son la riqueza radical que aporta a la humanidad el nacimiento humano del Verbo de Dios.

Pero no todo el riesgo de desvirtuar la Navidad se agota alejando la *Navidad consumística*. Se dan también otros modos de celebrar la Navidad que, aunque sean cristianos en sí mismos, desequilibran -empobrecen- el contenido del misterio. Son modos de celebrar la Navidad que pueden ofuscar el sentido más profundo de la fiesta, aquí sí incluso en el ámbito de las personas más piadosas: la *Navidad de idilios preferentemente sentimentales* o la *Navidad de los valores preferentemente moralizantes*.

Por *Navidad de idilios sentimentales* entendemos aquella vivencia de la fiesta que se entretiene y subraya tanto y tan exclusivamente el contexto humano del pesebre, de los pastores, de los magos, es decir del conjunto de los aspectos humanos y más visibles de los eventos evangélicos, que casi olvida el fruto más maduro y la finalidad más radical y plena de la Encarnación del Hijo de Dios que no es otro sino la divinización de la familia humana. Lejos de nosotros pensar que no tengan importancia los aspectos humanos y visibles que conmemoramos en Navidad; pero sí que es necesario situarlos jerárquicamente en el lugar que les corresponde. El antiguo prefacio de Navidad -y muchos otros textos litúrgicos de estos días- sitúan los eventos visibles en su más exacta órbita: «Conocer a Dios *visiblemente* para que él nos lleve al amor de lo *invisible*». Hay que decir sin ambages que quedarse en los eventos más externos de la fiesta -como ocurre no pocas veces- es desvirtuar el contenido fundamental de la Navidad.

Al contrario de lo que hemos dicho más arriba sobre la no probabilidad de que se dé entre las personas piadosas el riesgo de vivir una Navidad centrada en el consumismo, el peligro por el contrario, de vivir estas fiestas centrados en los *valores preferentemente moralizantes* es un hecho que puede resultar frecuente. Es cierto que la Navidad nos invita al amor a la pobreza, que el Hijo de Dios colocado en un pesebre es un acicate para nuestra humildad, que el anuncio evangélico a los pastores nos urge el deber de evangelizar a los más pobres... Todas estas facetas son verdaderas, imprescindibles para una vida auténticamente cristiana. Pero con todo no constituyen el núcleo central de la Navidad. Son corolarios del misterio, pero el misterio que está en la raíz es muy otro, es una realidad más sublime.

En Navidad no celebramos preferentemente el día natalicio de un gran hombre -aunque Cristo sea realmente un hombre grande, el más grande los hombres- ni la fiesta se centra en la contemplación del misterio de la infancia o de la condición de niño asumida por el Verbo de Dios -aunque lo puro y lo abierto del niño nos proporcione ciertamente esperanza-. Pero si nos aferramos demasiado a sólo eso, al nuevo comienzo de la vida humana de Cristo, lo único que nos aportaría la Navidad en el fondo quizá sería tristeza: porque también este nacimiento nuevo acaba por hacerse viejo, es más, como todo nacimiento de un niño, termina siendo presa y botín de la muerte.

En Navidad celebramos fundamentalmente otra cosa: el Verbo se hizo carne -permítasenos decir que traducir *carne* por *hombre*, como leemos en no pocas versiones es empobrecer el aserto, porque *carne* expresa precisamente la faceta más débil del hombre, y esto es lo que subraya el texto evangélico- para *hacernos partícipes de la naturaleza divina* (2 Pd 1, 4). Este es el centro del misterio de Navidad: fundamentalmente no se trata, pues, de centrarse ni en lo moral -cómo imitar al Niño de Belén- ni en aquello que experimentan nuestros sentidos -lo que vemos con nuestros ojos de carne- sino sobre todo en gozarnos y bendecir a Dios por su condescendencia para con los hombres.

Bellamente expresa este matiz centrado más en la obra del Verbo que en la moral de los hombres san Gregorio de Nisa: «Nuestra naturaleza enferma exigía ser sanada; desgarrada, ser restablecida; muerta, ser resucitada. Habíamos perdido la posesión del bien, era necesario que se nos devolviera. Encerrados en las tinieblas, hacía falta que nos llegara la luz; estando cautivos, esperábamos un salvador; prisioneros, un socorro; esclavos, un libertador. Estas realidades merecían conmover a Dios hasta el punto de hacerle bajar

hasta nuestra naturaleza humana para visitarla, ya que la humanidad se encontraba en un estado tan miserable y tan desgraciado» (Or. Catech. 15).

Navidad es pues, por encima de todo, una etapa de aquella Historia de la salvación *realizada por Dios*, a la que el hombre ciertamente debe responder -de aquí la necesidad de seguir la moral de la Navidad, de imitar los rasgos de Cristo en su pobreza, en su entrega, en su humildad. Pero sin olvidar nunca que el núcleo de estas fiestas no estriba en estos aspectos sino en la acción del Verbo que «asumió nuestra naturaleza, para que al hacerse hombre, convirtiera a los hombres en dioses» (S. Tomás, opúsc 57 para la fiesta del Cuerpo y Sangre del Señor)

Este subrayado es lo que realiza la liturgia en la celebración más culminante de Navidad, la misa del día. Allí donde quizá el pueblo esperara unas palabras cálidas de lo que aconteció en la cueva de Belén -este relato se proclama en la misa de medianoche, más secundaria litúrgicamente, más reciente y casi de preparación aún a la fiesta- la liturgia nos presenta dos textos extremadamente sobrios y solemnes que nos hablan de la vida eterna del Verbo cabe al Padre y que «se hizo carne para habitar entre nosotros» (Jn 1, 14), para divinizar la humanidad. Y lo mismo puede decirse de las Vísperas de los días de la octava de Navidad que nos hacen repetir cada día -incluso en aquellos casos en que se celebran otras fiestas- el magnífico canto de la carta a los colosenses que nos hace contemplar y cantar, no la debilidad *humana* del niño de Belén, sino la gloria de aquel que es *imagen del Dios invisible, anterior a todo y primero en todo* y que, nacido de Dios antes de los siglos, quiso nacer de nuevo como hombre para ser el *Salvador del mundo*.- P. F.